

MILAGRO EN LA VIEJA CASA DE BARTLETT

Por *Josefina Cunningham Edwards*

LAURA y María Nell vivían en un hogar muy bueno. Su madre era hermosa, muy afable y bondadosa y siempre disponía de tiempo para sus hijos, y además era muy religiosa. Le gustaba la iglesia, la reunión de oración y la escuela dominical.

Junto a la cocina había un cuarto llamado el cuarto de trabajo, y la cocina parecía más bien un comedor. El linóleo de flores de colores vivos alegraba la habitación, y en verano, la mesa larga estaba siempre cubierta con un mantel blanco, y lucía un ramo de flores. En invierno, tenía un mantel floreado, y en el centro una frutera con frutas. Cerca de la mesa había un aparador adornado con algunos de los platos de la loza fina de la mamá; y a uno de los lados, la estufa bien pulida, parecía más bien un mueble lustrado que una estufa.

El cuarto de trabajo tenía mesones todo alrededor, una piletta y muchos armarios contruidos en las paredes. En esos armarios la mamá guardaba la loza, las ollas y las provisiones de despensa. Allí estaba también la nevera.

Los sábados la mamá llenaba el mesón que estaba junto a la ventana con platos deliciosos para el domingo. "La gente es descuidada en la forma en que guarda el domingo", a menudo le decía al papá mientras barría, fregaba, mezclaba ingredientes para una comida, o aliñaba las fuentes de frijoles al horno, con tocino y cebolla.

El papá no era tan cuidadoso acerca de la observancia del domingo como lo era la mamá. No le importaba limpiar el establo o plantar repollos en domingo. Pero la mamá educaba cuidadosamente a Laura y a María, especialmente porque el papá era descuidado, lo cual la entristecía mucho.

"Debo mirar al futuro -se decía-. Cuando María y Laura sean grandes, recordarán la forma como las eduqué, y harán como yo he hecho. Estoy trabajando para el futuro. ¡Esa es mi responsabilidad!"

-¡Mamá! ¡Mamá! -exclamó Laura un día, entrando apresuradamente a la casa de regreso de la escuela. Tenía el rostro rojo de excitación-. Una gente compró la casa de los Bartlett. Es una familia, y son gente buena. Las chicas fueron hoy a la escuela, y... y...

-¡La casa de los Bartlett! -y la madre se quedó mirando a la hija-. ¿Qué gente respetable y decente viviría en un lugar como ése?

-¡Eso es lo que te estaba diciendo! -dijo Laura-. ¿Te acuerdas de esa gran cabaña que está en el bosque? Ellos...

-¿Están acampando allí? -preguntó ansiosamente la madre-. ¡Debo ir a llevarles algo! ¡Pobres! Será maravilloso tener buenos vecinos en esa casa. Esos Bartlett fueron una desgracia para todo el vecindario.

-Mamá, esas chicas, Verna y Mirna Brownwell fueron hoy a la escuela. Son de lo más buenas. Son mellizas y se visten igual. Tenían faldas azules y suéteres blancos. Y también son buenas alumnas. Las dos están en mi grado, y su papá va a transformar la cabaña en una casa grande. Están derrumbando la otra casa.

-En el recreo jugaron también conmigo -dijo tímidamente María-. Me dejaron jugar, aunque soy más



chica.

Las dos niñas limpiaron y guardaron sus cajas de la merienda como se les había enseñado, luego se lavaron las manos. La mamá ya les tenía lista una merienda.

-Papá llamaría a esto el "té de la tarde" -dijo riendo-. A él todavía le gusta la vieja costumbre de Inglaterra. El llegará de un momento a otro. Si él puede, a las cuatro aparece en la cocina. Pero yo no quiero darles de comer mucho, porque les echaría a perder la cena.

Cada una de las niñas bebió un gran vaso de leche fría y comió un plato de budín de arroz caliente con pasas, con una rebanada de pan casero. Para entonces, ya había llegado el padre, hambriento y muy conversador.

-Tenemos vecinos nuevos -anunció alegremente, lavándose las manos en la pileta-. Se mudaron esta semana.

El Sr. Martinwood era alto y fornido, de tez trigueña. Arremangándose, se echó agua en los brazos polvorientos.

-Eso es lo que me estaban diciendo las chicas -respondió alegremente la mamá, colocando sobre la mesa tazas y platillos con flores vivas-. ¿Quieres café o té?

-Té -respondió él tomando una silla y sentándose a la mesa-. Se ve gente limpia y respetable. Aquello parece una colmena. Están hm-

piando todo, rastrillando y sacando la basura. No sé cómo tienen ánimo de acometer ese trabajo.

-Los invitaré a la iglesia -dijo la Sra. Martinwood alegremente, sirviendo té a su esposo y un plato de budín de arroz. Le acercó también un plato con tajadas de carne cocida, fría.

-Será maravilloso tener cerca vecinos que son decentes y respetables. Podemos ir juntos a las reuniones de la iglesia y del club -añadió ella.

-Yo no sé en cuanto a eso -respondió lentamente su esposo, sonriendo un poco-. Creo que no soy el único que no es tan escrupuloso en la observancia del domingo como tú, mamá. Me dijo Jaime Hall que los Brownwell se mudaron el último domingo de tarde. Supongo que Brownwell trabaja en el pueblo los días de semana y no le queda mucho tiempo libre. Pero a mí me parece que a veces es justificado trabajar el domingo.

El rostro de la honesta María Martinwood mostró una gran preocupación, porque ella estaba convencida de que no debía permitirse que nada profanara la santidad del "día de reposo", como a ella le gustaba llamar al domingo. "Si uno abre la puerta una vez, es más fácil hacerlo otra vez", solía decir.

Pero su esposo salió silbando, sin preocuparse mayormente porque su vecino remodelara una cabaña hecha de troncos, transformándola en una casa, y lo hiciera en cualquier día de la semana que le gustara, incluso los domingos. Los carpinteros estaban allí, y los camiones que llevaban madera iban y venían diariamente.

El próximo sábado, de mañana temprano, Laura y María, fueron a la casa de sus vecinos, llevando una gran hogaza de pan fresco y una bola de mantequilla casera, curiosas por ver la casa y ansiosas de pasar un rato con sus nuevas amigas.

-Si la Sra. Brownwell las invita a quedar, pueden hacerlo una hora. Pero si está ocupada y no las invita, vuelvan inmediatamente a casa. Puede ser que ella necesite que las chicas le ayuden. Una mudanza cuesta mucho, y volver a ordenar una casa, lleva mucho tiempo.

A los pocos instantes las niñas regresaron, intrigadas. Corrieron a la pieza de trabajo, donde la madre estaba haciendo pasteles.

-¡Mamá! -exclamó María-. Los Brownwell hoy no trabajaban. Estaban vestidos, listos para ir a la iglesia que está en Silverdale.

-¡Iglesia! -repitió como un eco la madre, deteniendo por un momento toda actividad-. ¡Iglesia! Pero... pero... ¡si es sábado!

-¡Oh, sí! -añadió Laura-; la Sra. Brownwell nos agradeció por el pan y la mantequilla. Dijo que parecían muy sabrosos. ¿Y sabes, mamá? Verna y Mirna se veían tan lindas. Tenían vestidos y medias rosadas, y zapatos negros de charol.

-Y nos pidieron que las acompañáramos a la iglesia. ¿Podemos ir la semana que viene, mamá?

¿Podemos? -suplicó María.

La Sra. Martinwood arrugó los labios y se dio vuelta.

-Yo no creo. Eso me suena muy raro. Díganles que nosotros vamos a la iglesia en el día del Señor.

-Yo les dije. Estaba tan sorprendida que se me escapó de la boca -confesó Laura-. ¿Y qué crees que dijo Mirna? "Nosotros también. Papá nos lo leyó en la Biblia que el sábado es el día del Señor".

-¡Pero chicas! -y la mamá parecía estar un poco enojada. Estaba dispuesta a pelear como un tigre para que sus hijas aprendieran lo que debían aprender-. ¡Chicas, esa gente es peligrosa! ¡Debe ser gente mala! ¡Paganos! -y la Sra. Martinwood interrumpió su tarea de rizar el borde del pastel, porque estaba horrorizada.

-Pero mamá -protestó Laura-, el Sr. Brownwell es un médico. El tiene su consultorio en Silverdale. Beatriz Casey me contó que es gente muy buena. Y tú debieras ver...

Pero la Sra. Martinwood arrugó de nuevo los labios, y las chicas sabían que eso significaba que la mamá estaba enojada y preocupada.

-Uds. chicas no vuelvan a acercarse a ellos hasta que yo los vea. Entonces podré decidir si son amistades que les convienen. ¡Qué cosa! -exclamó muy perturbada.

-Preferiría tener a los Bartlett, sucios como eran, que a esa gente terrible. ¡Le preguntaré al pastor qué debemos hacer! -agregó.

Las niñas permanecieron allí mirándola por un momento, preguntándose por qué tendría ella que preocuparse por algo que a ellas les parecía un asunto que no tenía importancia. Recordaban que ella se había excitado en la misma forma cuando le contaron que María Casey había dicho que la Iglesia Católica era la única iglesia verdadera. Quedaron realmente asombradas al ver cómo su madre se había disgustado ese día.

-¿Qué quieres que hagamos, mamá? -preguntó Laura tímidamente. Aparentemente la Sra. Martinwood había recobrado su compostura.

-Laura, anda y barre los cuartos de arriba; y tú, María, limpia la bañera. Las niñas se quedaron todavía mirándola.

Luego Laura añadió:

-Mirna dice que ellos limpian todo el viernes. .. y también cocinan. Sobre el mesón tenían los pasteles de limón más bonitos que he visto.

-La casa se ve linda -añadió María ansiosamente-. Están haciendo cuartos de todas clases en esa gran cabaña de troncos.

La Sra. Martinwood suspiró y las niñas se apresuraron a ir a sus tareas.

Pero si la madre pensaba que estaba en dificultad, podía darse por afortunada por no conocer el futuro e ignorar cuánto cambiarían su vida esos nuevos vecinos.

Esa tarde miró orgullosa su casa. Los porches de adelante y de atrás estaban relucientes. El piso de la sala resplandecía, encerado y pulido, y la despensa era una maravilla de pulcritud. Cuando terminó la cena, se vistió.

-Chicas, iré a ver al reverendo Benton -dijo-. Sean buenas y no salgan de la casa. Lean su lección de la escuela dominical. Eso les ayudará a prepararse para la clase de mañana.

Subió luego al automóvil y se fue.

Cuando las chicas volvieron más tarde a la cocina para servirse una galletita del frasco bien surtido que había en la despensa, se encontraron allí con su padre quien se estaba riendo.

-Mamá va a recibir la sorpresa del siglo -dijo, comiendo una galleta y bebiendo leche fría-. Yo he oído hablar de esos adventistas. Ellos conocen mejor la Biblia que muchos predicadores. Ellos saben por qué guardan el sábado. Y no estoy muy seguro pero, ¡ellos tienen razón!

Laura dejó de comer su galletita. Tragó lo que tenía en la boca y miró a su padre.

-¡Papá! ¿Quieres decir que está bien ir a la iglesia en sábado? -Y pronunció la palabra sábado como si hubiera sido algo sucio que hubiera querido sacarse de la boca. En eso Laura se parecía mucho a su mamá.

El papá se rió de nuevo y le dio un tironcito del cabello.

-¿Qué es lo espantoso de eso, Laury? Jesús guardó el sábado, el séptimo día. Tu madre llama día de reposo al domingo, pero en realidad no lo es.

María se puso de parte de su padre.

-Mirna y Verna son muy buenas, papá. Yo sé que no son malas ni peligrosas, como piensa mamá. Son bonitas, agradables y buenas.

El padre asintió.

-Yo tengo referencias del papá de ellas, el Dr. Brownwell. Tenemos suerte de tenerlo en el vecindario. El

es el médico jefe del hospital de Silverdale. Mamá no debiera preocuparse tanto. No echarán a perder la comunidad Y lo que están haciendo al limpiar esa casa de Bartlett, que era como una arena en el ojo para los vecinos, nos ayudará a todos.

Cuando la Sra. Martinwood regresó, estaba más perturbada que nunca, porque no había recibido tanta ayuda del pastor como había esperado.

-¿Los Brownwell? -preguntó él cuando ella le habló de los nuevos vecinos. Son buena gente, Sra. Martinwood. El Dr. Brownwell es el médico más destacado de esta región. Y si ellos compraron la vieja casa de Bartlett, Ud. puede estar segura de que tendrá vecinos encantadores.

-¡Pero su religión! -protestó la Sra. Martinwood-. ¡Tengo miedo de dejar que mis chicas se asocien con ellos! Son raros. ¡Quién oyó jamás hablar de guardar el sábado como día de reposo!

El pastor Carlos Benton miró por un momento al escritorio, jugando con un pisapapeles. Cuando respondió, lo hizo con cautela, como si estuviera escogiendo cuidadosamente sus palabras.

-Ese es un asunto muy antiguo, Sra. Martinwood, tan antiguo como el mundo. Y Ud. puede sorprenderse, pero nosotros, los ministros observadores del domingo nos vemos en figurillas para contestar esas preguntas con la Biblia. Para serle franco, ellos tienen la prueba bíblica. ¡Nosotros no!

La Sra. Martinwood se sorprendió muchísimo.

-¿Ud. quiere decir. . . Ud. quiere decir que ellos realmente tienen razón de acuerdo con la Biblia?

-Me temo que sí, Sra. Martinwood. Y en el seminario se nos aconsejó que no discutiéramos con ellos. Ellos llevan las de ganar. La observancia del domingo es sólo una tradición, y temo que sea de origen romano. Yo no le diría una cosa por otra Sra. Martinwood.

-¡Pero, si es así!, ¿por qué no guarda Ud. el sábado? -le preguntó ella, mirándolo en los ojos. El arqueó las cejas, y jugó de nuevo con el pisapapeles.

-Si yo estuviera convencido de que Dios es realmente tan escrupuloso... pero no lo estoy. Por otra parte, está el asunto de sostener a la familia. La última razón no podría parecer muy noble, pero todos debemos preocuparnos por "los panes y los peces" -y se rió, un poco incómodo.

-Esa es la razón por la cual, hermana Martinwood, le he dicho muchas veces que no tome demasiado en serio la observancia del domingo, ni critique demasiado a su esposo -agregó.

De alguna manera ella se despidió de él, y llegó a la casa, pero sus pensamientos giraban vertiginosamente. Era como si le hubieran socavado todos los cimientos. Casi no podía pensar. De pronto se levantó con una expresión de resolución en sus ojos.

-¡Laura... María! -llamó-. Vamos a la casa de los Brownwell. Quiero conocer a mis nuevos vecinos. Tráeme el pastel de cerezas, Laura.

-¡Oh, mamá! ¿Podemos? -exclamó María-. Yo creí que tú dijiste que eran peligrosos.

La mamá sonrió.

-La gente puede equivocarse, querida.

Y no costó mucho persuadir al papá para que las acompañara.

Cuando llegaron a la casa de los Brownwell, la familia se estaba preparando para el culto de la puesta del sol. La habitación del frente no estaba terminada, pero era encantadora. Junto a un gran ventanal había un órgano eléctrico. La Sra. Brownwell dijo:

-Nosotros terminamos el sábado con un corto período de culto. Tengan la bondad de acompañarnos. El médico acercó sillas, y las niñas pasaron libros y Biblias. La Sra. Martinwood estaba alerta y vigilante. "¡Pero si parece que cada uno tiene una Biblia! ¡Como si fueran cepillos de dientes! ¡Sus propias Biblias!" -pensó.

Cantaron himnos durante unos momentos, la mayoría de los cuales no eran familiares, pero las melodías eran agradables, tal como "Santo día que el Señor en Edén santificó" y otros cantos acerca del sábado. La Sra. Martinwood observaba y escuchaba. El médico leyó un capítulo de Isaías, que habla acerca de la observancia del sábado en la tierra nueva. ¡Qué extraño!

Después del culto, la Sra. Brownwell insistió en que los Martinwood quedaran a cenar.

-¿Podemos, papá? -preguntó María.

-No veo por qué no -respondió él-. Yo he terminado mis tareas.

De modo que todos comieron sándwiches y ensalada, y bebieron una deliciosa bebida que la Sra. Brownwell llamó café cereal.

-¡Oh! ¿Uds. no beben café? -preguntó la Sra. Martinwood.

-No; no creemos que sea saludable. Además, forma hábito.

Después de la cena, las niñas salieron a jugar, y las dos madres hablaron durante un largo tiempo. Del beber café pasaron a otros temas importantes, y finalmente estaban sentadas a la mesa, cada una con una Biblia.

Finalmente entró el papá.

-Será mejor que regresemos a casa, María. Ya son las nueve pasadas.

La Sra. Martinwood levantó la vista sonriente.

-¡De veras! -se extrañó-. ¡Nunca se me hizo tan corta una velada! Gracias por los momentos que hemos pasado y por el estudio bíblico, Sra. Brownwell.

El médico se rió.

-Nosotros también lo pasamos bien, mirando el cuarto nuevo que estamos construyendo.

Laura entró corriendo.

-Mamá, ¿podemos ir a su iglesia con ellos el próximo sábado...?

-Sábado -terminó su madre-. Sí, pueden. Y creo que yo también ire.

El papá se aclaró la garganta y miró al médico.

-Me parece que yo también iré. No me gusta quedarme solo.

Realmente, lo que ocurrió en la vieja casa de los Bartlett... fue un milagro.